

y literarias del siglo en que se viven". Mediante el análisis de los escritos de Munguía, fijó Heredia los anteriores resultados y la conclusión de que las ideas motrices de Munguía sobre la cátedra de Bella Literatura "parten de la formulación ciceroniana de los conceptos de *humanitas* y *orator*, que Tácito discutió en el *Diálogo sobre los oradores*, y Quintiliano recogió y dispuso convenientemente para la enseñanza de las *Instituciones oratorias*". Concluye Heredia su trabajo en estos términos: "Conjugando las teorías modernas de la literatura, el lenguaje y la educación con aquella vieja doctrina, Munguía reivindica para los autores clásicos un magisterio cuyas enseñanzas deben recobrase en sus fuentes para que sigan siendo alimento sano de nuestra cultura".

En el sexto y último trabajo, *Ocho modernistas mexicanos ante el clasicismo (de Díaz Mirón a José Juan Tablada)*, su autor, Tarsicio Herrera Zapién, nos comunica los descubrimientos que, gracias a su gran erudición auxiliada por una memoria feliz, ha podido hacer de la presencia de temas, títulos, citas *ad sensum* o textuales, vena, toques y huellas de los poetas latinos Horacio, Virgilio, Catulo y Ovidio en las obras de sus congéneres mexicanos del clasicismo: Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera, Luis G. Urbina, José Juan Tablada, Manuel José Othón, Amado Nervo, Ramón López Velarde y Enrique González Martínez. Señala que la raíz de la latinidad de los últimos cuatro está respectivamente en sendos seminarios diocesanos de San Luis Potosí, Jacona, Zacatecas y Guadalajara. A su vez, agregó yo, la latinidad de Herrera Zapién se remonta a sus estudios en el Seminario Conciliar de México (Temascalcingo y Tlalpan).

Es de notarse que lo único que une a estos trabajos es el título de la portada y que, por lo tanto, se extraña la falta de piezas comunes: introducción, índice analítico y bibliografía de las obras que los autores citan, tanto de las obras, objeto de sus trabajos, como de los autores cuyos juicios sacan a colación. Por cierto que sólo traen bibliografía final los dos trabajos de Herrera Z. y el de Díaz C.

JESÚS YHIMOFF CABRERA

Vos, Jan de. *Viajes al desierto de la soledad. Cuando la selva lacandona aún era selva*. México, Dirección General de Publicaciones y Medios de la SEP y Programa Cultural de las Fronteras, 1988, 323 p., ils.

Jan de Vos, el autor de esta extraordinaria selección antológica, nació en Amberes, Bélgica en 1936 y vive en México desde 1972. Doctorado en historia por la Universidad Católica de Lovaina se ha dedicado al estudio de

la época colonial en Chiapas. En 1986 el gobierno de este estado le otorgó el "Premio Chiapas" en la rama de ciencias, por su notable investigación. Divide la historia de la selva lacandona en tres grandes periodos: prehispánico, colonial y moderno.

Es en la época moderna en la que encontramos un triple motivo para adentrarse en ella: a) Conocer al grupo indígena llamado lacandón o caribe; b) La existencia de zonas arqueológicas, y c) La presencia de compañías madereras que efectuaron el más tremendo saqueo de las maderas preciosas.

Jan de Vos, preocupado por la destrucción de la selva lacandona, al igual que muchos especialistas y con el deseo de hacer conciencia sobre el particular, en la "Presentación" dice que se propuso recopilar 20 relatos de inquietos antropólogos, arqueólogos, monteros, ingenieros, topógrafos, escritores, un botánico, un periodista y hasta un misionero, a manera de "retrato hablado" de la selva, cuando aún era selva.

La selección de esta antología se ha llevado a cabo en forma cronológica, partiendo de 1786 a 1986. Cada relato presenta una perspectiva diferente del desierto verde, según la profesión u ocupación de cada autor, de los cuales escoge diez mexicanos y diez extranjeros.

En la "Introducción" hace un interesante estudio de las compañías madereras que se han establecido cerca de los ríos, para efectuar mejor la explotación forestal. Entre ellas mencionamos la Doremberg, Romano, Valenzuela, Schindler, Bulnes, Dorantes, etcétera.

Después del índice, anota dos estrofas de 9 versos cada una, pertenecientes al *Canto general 1* (p. 12 y 46) del poeta chileno Pablo Neruda. Al final anota un "Glosario" de términos propios de la selva y la "Bibliografía" analítica de gran interés. Las ilustraciones fueron proporcionadas por algunos viajeros como Frederick Catherwood, Désiré Charnay, Teobert Maler y Gertrude Duby. De la antología se han seleccionado los relatos de algunos viajeros, para que el lector advierta diversas perspectivas de la selva lacandona.

Escribe al frente de cada viaje, un breve comentario sobre su autor, y sitúa el escrito tomando en cuenta el punto de vista histórico. Algunos son inéditos, otros son documentos de archivo o viejos relatos en inglés o francés, traducidos al español y publicados por primera vez. En este libro el recopilador también publica grabaciones realizadas actualmente en la selva misma, porque conoce bien al grupo lacandón, puesto que ha escrito varios libros en torno a ellos. Ha tenido el cuidado de ponerle a cada viaje un título sugestivo muy *ad hoc*, por ejemplo: "En busca de almas perdidas", "Desastre en las tinieblas", "Los adoradores del sol", "En busca del paraíso perdido", "Una tierra para sembrar sueños", etcétera; aun el título *Viajes al desierto de la soledad* le fue sugerido porque en el siglo pasado

los monteros que cortaban cedro y caoba llamaron a esa parte de la selva, el "desierto de Ocosingo" o el "desierto de la soledad".

John Lloyd Stephens, abogado norteamericano de Nueva Jersey, pero aficionado a la arqueología, se hizo famoso mundialmente en el siglo pasado, al publicar un libro en Nueva York hacia 1841, titulado *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, ilustrado con grabados del arquitecto inglés Frederick Catherwood, su compañero de viaje.

Stephens describe admirablemente las ruinas mayas, pero el pasaje más dramático fue la visita a las fabulosas ruinas de Palenque, que gracias a estos dos viajeros fueron conocidas en Norteamérica y Europa. También adquirieron fama por los peligros que pasaron por la dureza del camino, pues tuvieron que abrir brecha no sólo en la maleza sino en lo escarpado de las serranías, en la parte noroccidental de la selva lacandona. Stephens tuvo que montar sobre un indio porque la noche anterior había estado muy enfermo, y cuenta cómo sentía cada paso y hasta el menor movimiento de respiración del indio; en esas circunstancias ascendieron por el borde de un precipicio de más de mil pies de profundidad, después la senda se apartó del precipicio y empezaron a descender; fue cuando el indio lo bajó por su propia voluntad y continuaron el camino con muchas peripecias, hasta que por fin llegaron a Palenque y de ahí se encaminaron a las ruinas después de largo y fatigoso viaje. Este relato fue copiado de la traducción española publicada en Guatemala en 1940 con el título de *Incidentes de viaje en Centro América, Chiapas y Yucatán* (p. 210-227).

"En busca de almas perdidas" (1863) es el título que el investigador Jan de Vos anotó al frente de un relato que encontró en el Archivo de la Catedral de Guatemala. Se trata de un informe presentado en la Antigua, por el fraile capuchino Lorenzo de Mataró, el 22 de septiembre de 1863, en relación con la travesía que realizó en compañía de otros dos frailes capuchinos por la selva lacandona, con la finalidad de convertir almas al catolicismo; pero lo único que hicieron fue un reconocimiento demográfico, además de estudiar algunas de las costumbres religiosas de estos indígenas, como por ejemplo, que a sus ídolos les encienden luces y queman copal e incienso; cada 15 días celebran su fiesta y beben balché hasta embriagarse, acompañándose de música; pero eso sí, su oratorio es muy respetado.

Su vestido consiste en una túnica de algodón silvestre, tejida por ellos mismos, y la usan igual hombres y mujeres; cuidan su cabello, se adornan con collares y pintan su cara el día de fiesta. No crían animales y no conocen armas de fuego. Con flechas matan pájaros y peces. Su lengua es la maya.

Algunos lacandones, de momento aceptaron convertirse, porque los frailes les regalaban sal, agujas, azúcar, cascabeles, rosarios, medallas y espejitos, pero en cuanto se marcharon volvieron a sus tradiciones y costumbres religiosas; son inconstantes, y a menudo cambian de habitación, sobre todo

cuando muere algún familiar. A grandes rasgos, esto es lo que contiene el informe de fray Lorenzo de Mataró.

No podemos pasar por alto el relato del arqueólogo danés Frans Blom, quien llegó al sureste de México por primera vez en 1922, formando parte de una expedición de geólogos norteamericanos que llegaron en busca de petróleo. Al pasar por Palenque, se interesó tanto por la cultura maya que ingresó al Departamento de Investigaciones Mesoamericanas en la Universidad de Tulane, en Nueva Orleans. En 1925, ya como director del Departamento, organizó tres expediciones a Chiapas y Yucatán. En 1943 se quedó a vivir en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, recibiendo en su casa *Na Bolom* (Casa del Tigre) a todos los estudiosos de la arqueología y antropología chiapanecas. Ese mismo año se casó con la periodista suiza Gertrude Duby, quien a la sazón se encontraba fascinada por la selva lacandona y el grupo lacandón. Por tal motivo, los dos realizaron varias expediciones a la selva y llegaron a publicar un libro titulado *La selva lacandona*. El relato, que forma parte de la antología de Jan de Vos, se refiere a una caminata que hicieron los esposos Blom por el río Cedro, afluente del río Lacanjá, después de acampar en una chiclería abandonada que con anterioridad había conocido la periodista en pleno movimiento, y que describe gracias a sus reminiscencias; la organización del grupo chiclero es lo importante de este relato.

El licenciado Rodulfo Brito Foucher escribe sobre la selva lacandona desde un punto de vista diferente, el de la denuncia, en un discurso pronunciado ante un grupo de profesionistas, durante una comida; discurso que fue publicado en la *Revista Universidad de México* (1931, año 1, p. 324-328) con el título de "México desconocido: las monterías de Chiapas". Con anterioridad ya había publicado un artículo en *El Universal* (siete de enero de 1926), poniendo al descubierto el mal trato que recibían los mexicanos que trabajaban en las monterías (grandes negociaciones madereras), sobre todo la que visitó, llamada Pico de Oro Nuevo, en el río Salinas, propiedad de la compañía maderera Romano.

El tema central fue el sistema de enganche, consistente en adelantar al futuro trabajador una cantidad de dinero entregada al firmar el contrato, de tal suerte, que el mozo al empezar a trabajar, ya llevaba una "fuerte deuda en las espaldas". Esta cantidad a menudo iba aumentando, así que el pobre peón quedaba enganchado a su cuenta y a la montería, de por vida; porque al no poder salir de aquellos lugares que están en el corazón de la selva virgen, para lograrlo tendrían que recorrer cerca de cien leguas, desafiando a los tigres y a las serpientes, cruzando ríos y además escondiéndose de sus perseguidores, expuestos a morir de hambre. Lo grave —dice el licenciado Brito Foucher— es el aislamiento en que se encuentran y el mal trato que reciben; sin embargo, él encuentra una fácil solución: que intervenga la Secretaría de Comunicaciones, para acabar con el aislamiento;

la de Agricultura, para que establezca dos o tres centros rurales de población y, si se puede, emprenda un trabajo de colonización; finalmente, que la Secretaría de Industria envíe un cuerpo de honorables inspectores para auxiliar y cambiar la forma de vida de estos sufridos mexicanos. La lectura de este relato impresiona y conmueve.

Jacques Soustelle es uno de los antropólogos que más conoce a los indios lacandones. Llegó a la selva lacandona con Georgette, su esposa, en 1934, y tuvo la oportunidad de visitar varios caribales (lugares poblados por lacandones o caribes) en los ríos Jataté y Jetjá y los lagos Petjá y Metsabok. Asimismo conoció más de cerca al grupo lacandón, y fueron los primeros que entraron en la selva en avioneta de Villahermosa a El Real y de El Real a San Quintín, en compañía del piloto alemán Fritz Bieler y del finquero español Pepe Tárano, este último, perteneciente a la familia Bulnes, dueña de la empresa maderera más poderosa de la selva, de 1880 a 1920.

Los esposos Soustelle escribieron después sus experiencias con los lacandones. Jacques les dedicó 4 capítulos en su libro: *Mexique, terre indienne*, publicado hacia 1936; un año después, obtuvo el doctorado en la Sorbona, con la tesis sobre *La cultura material de los lacandones*.

Jan de Vos escogió para esta antología el capítulo x de la traducción *México, tierra indígena*, llevada a cabo en 1971 por Sep Setentas, obra que tuvo gran éxito en Francia; y le puso el título de "Los adoradores del sol" (1934).

En su relato, Soustelle nos dice que tuvo que aprender la lengua maya para medio entenderse con los lacandones, y agrega que se lacandonizaron "lo más posible" para poder enterarse de las costumbres y tradiciones religiosas de este grupo indígena.

Sus dioses son muy numerosos y variados, con diferentes atribuciones; el parentesco es "clasificador", es decir, que el mismo término designa al al padre y al tío, a la madre y a la tía, al hermano y al primo. Los incensarios de rostro más plano representan al dios Sol K'in, y las piedras grises sobre las que queman el copal simbolizan a la selva Mu-ur. La religión tiene por centro al Sol. Su gran temor es que el Sol no vuelva a aparecer y se quede sumergido en las profundidades de la Tierra, donde se esconde cada día; por ese motivo, todos sus ritos y ceremonias tienen por objeto impedir esa desgracia. La ofrenda en este caso es el pozol (papilla de maíz mezclada con agua) dedicada al Sol. No conocen la propiedad privada. Aprenden con rapidez nuevas palabras. Soustelle se acercó a ellos dándoles sal, navajas, café, collares, tela de algodón, pañolones rojos que apreciaron mucho y hasta un machete.

Cuando los lacandones le platicaron que en las colinas había una casa de piedra, se interesó por conocerla. Su sorpresa fue grande cuando se dio cuenta de que a las cavernas les llaman casas de piedra. Ahí encontró restos de alfarería y nunca supo qué grupo indígena habitó esos lugares.

Se advierte la seguridad y decisión con que Jacques Soustelle realizó esta hazaña, pues no le importó el temor de los lacandones de que el dios Sol se enojara porque profanaran sus dominios; la oscuridad de las cavernas que, según ellos, era su morada nocturna.

Espeluznante y más propio de la selva es el relato del zoólogo Miguel Álvarez del Toro, fundador del Jardín Zoológico de Tuxtla Gutiérrez, autor de varios libros sobre la flora y la fauna chiapanecas y merecedor del Premio Chiapas en 1952, por su labor científica en favor de la naturaleza de este estado. En 1944 se adentró en la selva lacandona por primera vez, y el fruto de esta expedición fue notable por la gran cantidad de animales silvestres que pudo coleccionar. Pasado el tiempo, en 1983 escribió sus memorias, desilusionado por la destrucción que ha sufrido el ambiente natural, por eso el título de sus recuerdos fue *¡Así era Chiapas!*

El investigador Jan de Vos escogió para su antología de la selva lacandona el capítulo cxi del libro mencionado, bajo el rubro de "Encuentro con un tigre mañoso" (1944). En el relato se advierten los peligros que pasó el taxidermista Álvarez del Toro y los momentos en que estuvo a punto de perder la vida; sobre todo cuando un tigre mañoso de cola corta intentó cazarlo a él, que se encontraba trepado en un árbol contiguo para saltar sobre él, pero no pudo; así, con maña, de varias ramas quiso llegar a la rama donde él estaba; en ese instante cogió el rifle, pero el taxidermista no se animó a matarlo, porque pensó que un tigre de cola corta (porque se la mocharon de un tiro con anterioridad) no era un buen ejemplar para el museo. Disparó al aire y prefirió que se fuera, de lo que más tarde se arrepintió, por los sustos que ese peligroso animal provocó.

Uno de los relatos que causan impacto en su lectura es el que describe el geógrafo alemán Carlos M. A. Helbig en un breve informe de vuelo en avioneta, que realizó en 1971 sobre el territorio chiapaneco. Ya en 1951 había recorrido a pie la selva. Este informe lo incluyó en su libro: *Chiapas, geografía de un estado mexicano* (México, Publicaciones del Gobierno del Estado de Chiapas, 1976, t. I, p. 46-49), con el título "Chiapas a vista de pájaro". Jan de Vos recoge un fragmento en su antología, con el título "Lacandonia, a la vista de pájaro".

Helbig nos presenta una perspectiva diferente de la selva. En una hora de vuelo y con un poco de imaginación, tenemos una vista panorámica de la selva lacandona, con sus montañas, lagos, lagunas, ríos, arroyos, bosques, así como áreas estériles, rojos suelos, calcinados, "manchas morenas en su piel verde", tierras colonizadas, una gran mancha casi café que corresponde al campo maderero más importante de Lacandonia, ahora desierto; milpas ya cosechadas, ranchos solitarios, senderos; la laguna Miramar, la más grande del estado, de color azul con riberas verde esmeralda; hay una pequeña estación hidrométrica y la belleza del río Usumacinta. La ribera del río Agua Azul, con numerosas islas arenosas que tienen ojos de

agua azul, el color de los manantiales sulfurosos; las ruinas de Yaxchilán y Bonampak; los árboles en esta zona brillan por sus flores amarillas; a poca distancia hay una pista de aterrizaje, un albergue para arqueólogos y otro para los cuidadores y sus familias; una estación meteorológica y una de radio; vuelven a dominar los pinos en la sierra, ahí se esconden las lagunas Síval y Guineo o Itzanocú, los mayores santuarios del pueblo lacandón; en seguida nubes de humo provenientes de bosques incendiados, troncos talados; otra vez el río Usumacinta recorre un tramo con impetuosa fuerza hasta que desemboca en el Golfo. El espectáculo ha sido maravilloso.

El último viaje que Jan de Vos recoge es del poeta José Antonio Abascal, con el título de "Una tierra para sembrar sueños" (1986); con este relato cierra 200 años de diferentes maneras de ver la selva lacandona y de narrar asentamientos, denuncias, fuertes emociones, bellos paisajes, constantes peligros que sufre todo aquel que se atreve a poner la planta en el desierto de la soledad.

Aquí los sueños desempeñaron un papel muy importante, porque se refieren a la repartición de ciento sesenta mil hectáreas de la selva en el lugar llamado Marqués de Comillas, que de un momento a otro se volvió famoso porque comenzaron a formarse ejidos después de desmontar la selva, para repartir tierras que sembrar y tener un hogar donde vivir.

Qué bueno que el tiraje de esta interesante obra fue de diez mil ejemplares.

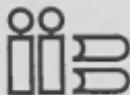
IRMA CONTRERAS GARCÍA



Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, núm. 7 editado por la Dirección General de Publicaciones, se terminó de imprimir en la Imprenta Universitaria el mes de abril de 1996. Su composición se hizo en tipo Baskerville de 10:11, 9:10 y 8:9 puntos. La edición consta de 500 ejemplares en papel Cultural de 60 Kg.

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Bibliográficas

La reprografía de este material no implica la transmisión
o el disfrute del derecho autoral de la obra.



**INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
BIBLIOGRÁFICAS**

Biblioteca y Hemeroteca Nacional de México